

Es la verdadera paz

Homilía, 12 de abril de 1970

Tercer domingo de Pascua

Ellos, por su parte, contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. Todavía estaban hablando de esto, cuando Jesús se apareció en medio de ellos y les dijo: "La paz esté con ustedes". Atónitos y llenos de temor, creían ver un espíritu, pero Jesús les preguntó: "¿Por qué están turbados y se les presentan esas dudas? Miren mis manos y mis pies, soy yo mismo. Tóquenme y vean. Un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que yo tengo". Y diciendo esto, les mostró sus manos y sus pies. Era tal la alegría y la admiración de los discípulos, que se resistían a creer. Pero Jesús les preguntó: "¿Tienen aquí algo para comer?". Ellos le presentaron un trozo de pescado asado; él lo tomó y lo comió delante de todos.

Después les dijo: "Cuando todavía estaba con ustedes, yo les decía: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos". Entonces les abrió la inteligencia para que pudieran comprender las Escrituras, y añadió: "Así estaba escrito: el Mesías debía sufrir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y comenzando por Jerusalén, en su Nombre debía predicarse a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de todo esto."¹

¹ Lc 24, 35-48

En su Evangelio, san Lucas trae una única aparición de Jesucristo a todos los apóstoles en el Cenáculo, mientras que san Juan relata dos apariciones: en la primera el Señor se presenta ante los apóstoles en ausencia de Tomás; la segunda sucede ocho días después, estando presente Tomás.

El texto se introduce con la escena del relato de los discípulos, que lo encuentran a Jesucristo camino de Emaús, el mismo día de la Resurrección y de la primera aparición a los apóstoles

A aquellos viajeros que van decepcionados, Jesucristo, al caminar con ellos les reprocha que no terminen de entender las Escrituras, como lo hace también en el encuentro inmediato con los apóstoles.

En Emaús los discípulos lo reconocen y apenas el Señor desaparece, corren hasta Jerusalén para contar lo sucedido a los apóstoles. Durante el relato, Jesucristo aparece y los saluda con su clásico saludo pascual: *La paz sea con vosotros.*

Los apóstoles y los discípulos, unos más y otros menos, sienten remordimiento frente a Jesús. Lo vuelven a ver después de la huída y el abandono en el cual lo dejaron en el momento de la persecución; sólo Juan volvió junto a la cruz, pero después de haber escapado como todos. Los demás lo dejan de ver en un momento muy poco glorioso, muy poco noble de parte de ellos. Todos están en malas relaciones con Dios. No podemos decir

qué pecado subjetivo, personal, tenían. Tal vez el miedo era tan tremendo, las circunstancias eran tan adversas, que la responsabilidad de hecho, pudo haber sido menor de la que por sí misma tiene un pecado de la magnitud que alcanza el abandonarlo a Jesucristo, el dejarlo entregar a la muerte y, en el caso de Pedro, el negarlo en la casa del Sumo Sacerdote. Pedro formalmente apostató porque lo negó tres veces.

Cuando el Señor se presenta y les dice: *La paz sea con vosotros*, no sólo lo dice, sino que lo da, como cada sacramento da la gracia que significa. Jesús siempre da lo que dice: el Señor es el primer sacramento y lo es, definitivamente, con su Resurrección.

Para eso conserva su cuerpo visible una vez resucitado, aunque con la nueva cualidad de materia espiritualizada. Pero es un cuerpo real que muestra y da su Espíritu, la divinidad que está junto con la humanidad del Señor.

En el cielo, cuando veamos el cuerpo resucitado de Jesucristo, será para gozo y alegría, para complementar nuestra admiración y nuestra unión –de amor– con Dios trino por toda la eternidad.

Cuando se presenta la Humanidad de Jesús resucitado, resplandeciente, muestra la divinidad y la da; y cuando con su voz de Hombre resucitado, dice: *La paz sea con vosotros*, expresa la Palabra de Dios y reconcilia a quienes lo escuchan.

Es la verdadera paz la que oímos de los labios de Jesucristo; la que restablece nuestras rectas relaciones con Dios.

Al dar la paz, Jesús da su gracia pascual. Seguramente antes que a nadie a la Virgen, que nunca la había perdido, pero que recibe un torrente nuevo, un aumento maravilloso de la gracia. No nos consta por el Evangelio que el Señor se le aparezca en primer lugar a su Madre, pero, como dice un santo, el Evangelio está hecho para gente sensata, y es algo tan evidente que el Señor se presenta en primer lugar a la Virgen, que no es necesario dejarlo explícitamente consignado; por otra parte, esto hace al estilo de humildad de María que nos muestra siempre el Evangelio. Junto a la cruz, junto al dolor: sí está la Virgen; en los momentos gloriosos de Jesucristo, Ella no aparece: no aparece ni el domingo de Ramos, ni en la Resurrección, ni aparece de un modo visible tampoco en la Ascensión. Vuelve a estar presente, como Madre de la Iglesia, en Pentecostés.

Jesucristo, en su aparición da o aumenta la gracia también a los demás. A María Magdalena y a las buenas mujeres que no lo abandonaron nunca al Señor; y a todos los discípulos.

Y esto es lo que fundamentalmente tenemos que buscar para nosotros y para los demás en esta Pascua.

En un momento en el cual el mundo está más desorientado que nunca, buscando la paz donde no la encontrará, es muy evidente que tenemos que llevar a

todos los hombres el saludo y la realidad de Jesús: la paz que está en aceptar la reconciliación con Dios, es decir, el perdón de los pecados, el volver a ser hijos de Dios y hermanos de Jesucristo.

Entonces, todos seremos hermanos.

Para recibir las palabras y la realidad de Jesucristo, dispongamos nuestros corazones como los tenían dispuestos los apóstoles, sobre todo gracias a la acción misma del Señor. Él les fue quitando el miedo y después les quitó la última duda: la de la admiración hacia algo que aparecía como demasiado extraordinario.

Si nos ponemos frente al Señor con humildad, con buena disposición, también en nosotros Él borrará las nieblas de cualquier duda; nos irá quitando el miedo; nos irá sacando la sensación de que el orden divino es demasiado lindo y por eso mismo es irreal, nos lo irá haciendo mucho más cotidiano, más connatural y podremos tener toda la fuerza, sobre todo cuando recibamos al Espíritu Santo, para dar testimonio de Jesucristo y llevar la paz a nuestros hermanos, en este mundo que tanto lo necesita.

Durante el tiempo pascual la Iglesia quiere que vivamos en la seguridad de nuestra fe, confiando vivamente en la ayuda de Dios; que vivamos en la convicción de que Jesús es el Hijo de Dios quien, con su muerte y resurrección, nos ha demostrado su amor infinito; que no nos va a abandonar en nuestro deseo de responder con

reciprocidad a ese amor inmenso. Jesucristo quiere que vivamos en la seguridad y en la alegría, para que estemos en condiciones de ayudar a nuestros hermanos a ponerse en contacto con Él que les va a dar de fondo y de verdad la verdadera paz, es decir el perdón de los pecados, la gracia divina de los hijos de Dios y, en definitiva, la felicidad infinita del cielo.